



La problemáticas identificatoria y la identidad de género en

Autorxs

Contacto

DNI

Agustín Brusquini

agustinbrusquini@gmail.com

41784286

Eje: 4. Clínica con niños y adolescentes.

Palabras clave: Identificación; Género; Infancias; Adolescencias; Metapsicología

Resumen: (máx. 600 palabras)

Los modos de presentación del sufrimiento de niños, niñas, niñes y adolescentes indudablemente se anudan a identidades, modalidades deseantes y ejercicios de goce que los feminismos y los movimientos de la diversidad sexual han instaurado en nuestro contexto socio-histórico. Este trabajo se propone una indagación metapsicológica de la identidad de género asociada a la problemática identificatoria en infancias y adolescencias, con el objetivo de definir parámetros de intervención en la clínica psicoanalítica infanto-juvenil que se adecúen a las exigencias y especificidades del objeto que se pretende abordar.

Se sostiene una perspectiva que considera a las infancias y adolescencias como psiquismos en constitución, en los que, tal como lo señala Silvia Bleichmar (1993), la intervención del otro tiene un carácter fundante aunque su operatoria no defina a priori ni linealmente los modos en que se constituyen. En oposición a la homotecia estructuralista que define el inconsciente infantil subsumido en el discurso parental, se considera que el inconsciente se define como producto de las inscripciones determinadas desde lo histórico-vivencia, de origen traumático y exógeno. Para Bleichmar (1993), lo que proviene del otro, como todo aquello que proviene del exterior, se inscribe psíquicamente de forma metabólica. Define la metábola como aquel proceso de descomposición, descualificación y recomposición posterior de algo que pasará a formar parte de la realidad psíquica. Con lo cual, aquello del exterior se inscribe y deja de pertenecer a ese espacio para transformarse en una materialidad psíquica neocreada, produciendo efectos desde el interior. La determinación causal



del sufrimiento psíquico es intrapsíquica, representacional y libidinal: remite a inscripciones metabólicamente instauradas en el psiquismo, abriendo a la consideración de los distintos destinos que esas inscripciones van teniendo a medida que el sujeto va constituyéndose.

Desde la perspectiva que se desarrolla en este trabajo, se considera la identidad de género como un complejo ensamblaje que se produce en la intersección de la constitución del psiquismo y la producción de subjetividad. Es decir, que se sostiene por una lado en las invariantes universales que permiten una comprensión de la arquitectura del aparato psíquico y sus modos de funcionamiento, sin desconocer las formas en las que cada sociedad pauta los modos, siempre en cambio, por los que un sujeto puede ser reconocido en su interior. La argamasa representacional que compone a la instancia yoica configura el tejido mismo que le da sostén a la identidad de género, ya que, hasta este momento de la historia, en las sociedades occidentales la propuesta de humanización se acompaña desde los orígenes por una propuesta identificatoria en términos de género.

Los movimientos inaugurales de la vida psíquica son el terreno sobre el que se van edificando las representaciones que un sujeto se forja sobre su propio género y el de los otros, pero a medida que se producen complejizaciones en la estructuración psíquica se propician complejos reensamblajes en la problemática identificatoria. Es necesario advertir que entre lo que los padres y el discurso social ofrecen y lo que se inscribe en el psiquismo infantil hay siempre una diferencia. Lo que se desprende de dicha oferta impacta de modo diferencial en el psiquismo de niños, niñas, niños y adolescentes, y una vez dentro, sigue diferentes líneas de articulación. Se debe definir el estatuto metapsicológico de los elementos que se presentan anudados a la identidad de género, para así comprender qué lugar ocupan en la economía psíquica del sujeto y poder definir los modos de intervención más adecuados para mitigar los sufrimientos que los mismos vehiculizan.

Bibliografía

Bleichmar, S. (1993). La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto. Amorrortu.

Trabajo completo: (máx. 8 páginas incluida bibliografía)

La identidad de género enclavada en la problemática identificatoria

¿A qué hacemos referencia cuando hablamos de problemática identificatoria? ¿Es posible pensar la noción de identidad de género ligada al concepto de identificación? El concepto de identidad de género no es propio del campo psicoanalítico, por lo que no puede ser insertado sin una reflexión en torno a las formas en que puede ser incorporado y re trabajado al interior de su edificio teórico. Es decir, pensar la noción de identidad de género desde el psicoanálisis implica someter este concepto a un trabajo de reconceptualización que le otorgue espesor metapsicológico, con el fin de que resulte fecundo para ampliar la comprensión en torno al sufrimiento humano.

Silvia Bleichmar (1995) plantea que la identificación es la operación fundamental que genera las condiciones para instituir la subjetividad. Atribuye a tal categoría un lugar central, en tanto operatoria que funciona a modo condición de posibilidad para la constitución psíquica misma. La autora sostiene la problemática de la identificación como sostén de los procesos de humanización que se despliegan a partir de la presencia e intervención del semejante. Desde esta propuesta, los procesos de identificación no ubican al sujeto psíquico como producto de representaciones innatas sino que, por el contrario, las bases del sentimiento de identidad se enraizan en la propuesta del otro. Por un lado, la identificación es el proceso psíquico por el cual el sujeto psíquico, cuya localización tópica corresponde al yo, asimila un aspecto, una propiedad o atributo del otro y se transforma total o parcialmente. Por su parte, la identidad remite a la forma en que el yo se percibe a sí mismo, por lo que situamos una soldadura a partir de la comunidad tópica entre el yo y la identidad (Bleichmar, 2007). Situar los procesos de identificación al semejante en la base del sentimiento de identidad, nos habilita a anudar conceptualmente las categorías de identificación, identidad y yo, y ubicar la identidad de género, en tanto la forma en la que el sujeto se reconoce a sí mismo como perteneciente a determinado sector generizado de la sociedad, como del orden de la problemática identificatoria. Si bien la identidad de género, como todo enunciado identitario, corresponde a la tópica del yo, la atribución de género no se circunscribe exclusivamente a las constelaciones narcisísticas del imaginario parental, sino que se ve interferida por la sexualidad inconsciente de los adultos en tanto sujetos con una tópica psíquica clivada (Blester,

2017).

Como lo ha planteado Bleichmar (1993), el gran descubrimiento del psicoanálisis radica en el descubrimiento de la existencia no sólo del inconsciente sino de “pensamientos sin sujeto”. Es decir, pensamientos que son pre y para subjetivos, y de los cuales el sujeto se ve sometido a un trabajo de apropiación a lo largo de toda su vida. Esto implica reconocer que el “sujeto psíquico”, aquel que se reconoce siendo, no se halla en el inconsciente, sino en la instancia yoica. Almagro señala que “El yo, en primer lugar, es una instancia efecto de un conjunto de enunciados identificatorios, que una vez inscriptos articulan en el interior del aparato psíquico un conglomerado representacional que tiene existencia y que también otorga sentido a la vida de aquel en el cual está instalado” (Almagro, 2009. p.5).

¿La identidad en los orígenes u origen de la identidad?

Resulta primordial rescatar uno de los grandes legados de S. Bleichmar (1993), la conceptualización en torno a la represión originaria como un tiempo real de estructuración del aparato psíquico que produce el clivaje tópico, dando origen a la fundación del sistema inconsciente en su diferenciación del preconscious-consciente, permite ubicar esta operatoria como un ordenador clínico fundamental y situar los orígenes de la identidad enclavada en la problemática identificatoria. Consideramos no sólo empobrecedor sino también extraviante pensar la identidad de género como el resultado exclusivo de los movimientos post-edípicos, de la instalación de las identificaciones secundarias, posibilitadas por el establecimiento de la instancia del ideal. Debemos reconocer que el núcleo identitario del sujeto se organiza a partir de la instalación de la instancia yoica, en cuyo movimiento instaurador se correlaciona la instalación de la represión originaria, la identificación primaria y el narcisismo primario. La identidad es del orden de una defensa que permite la exclusión de dos frentes: por una parte, al articularse en un enunciado que selecciona un elemento deja por fuera, por oposición, a un universo excluido, lo cual es una distinción con respecto al exterior; al mismo tiempo, también implica una diferenciación al externo-interno del inconsciente. Ante lo cual, bajo los enunciados identificatorios que conforman al yo en su núcleo mismo, no sólo se recogen los atributos de género, sino que también funcionan como un contrainvestimento de deseos sexuales. Pero lo que es aún más importante distinguir es que, a su vez, la identidad se sostiene en un sistema de

creencias necesario para el investimento y la estima de sí, cuya existencia no sólo se funda en su carácter de defensa y desconocimiento con respecto al inconsciente sino que está sostenido en un conglomerado representacional que articula identificaciones, significaciones sociales y relaciones de poder.

Desgajar la identidad de la contigüidad biológica-anatómica implica poner de relieve que los enunciados que conforman la argamasa representacional del yo están signados por la circulación simbólica en torno al género que estructura el imaginario social y parental, como así también al atravesamiento de sus propias inscripciones sexuales que han sido sepultadas en el inconsciente. Es decir, situamos al adulto en su doble carácter: no sólo cómo vehículo de aspectos identificatorios sino también productor de excitaciones, propiciando la libidinización del cachorro humano a partir de su propia sexualidad inconsciente (Bleichmar, 1993). En el adulto, identidad de género y orientación sexual forman parte del conglomerado identificatorio que organizan a la instancia del yo, como formas de captura y cualificación de sus propias inscripciones sexualizantes primarias, los atravesamientos edípicos y sus fantasmas pulsionales relegados al inconsciente. Aunque esta operatoria parental sea fundante del psiquismo humano, no es posible explicar las formas que adquiere la identidad de género en el infantil sujeto a partir de analizar sus condiciones de partida, en tanto se reconoce el carácter metabólico que adquieren en su inscripción. Resulta imposible anticipar las formas en las que aquello que se transmite se enraiza tópicamente, logra o no ser retranscripto en neocreaciones intrapsíquicas y el estatuto que adquieren, tomando siempre en consideración la heterogeneidad en los niveles de simbolización en los tiempos de estructuración del aparato psíquico.

El concepto de identificación en psicoanálisis: identificación primaria e identificación secundaria.

En Introducción del narcisismo, Freud (1914) resuelve una paradoja fundamental que es el pasaje del autoerotismo a la posibilidad de investir un objeto de amor, mediante la conceptualización de un tiempo de organización de la vida anímica en la que la libido recae sobre sí mismo. Expresa: "Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado (...) Las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para

que el narcisismo se constituya” (Freud, 1914, p.74). Y finalmente señala que, “El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza” (Freud, 1914, p. 88). En Psicología de las masas y análisis del yo, Freud (1921) establece la identificación primaria como un mecanismo anterior al complejo de Edipo, como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 1921, p. 99). Y sitúa una diferencia fundamental entre lo que llama en ese momento la identificación y la elección de objeto: “En el primer caso el padre es lo que uno querría ser; en el segundo, lo que uno querría tener. La diferencia depende, entonces, de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo” (Freud, 1921, p. 100). Con lo cual, podemos afirmar entonces que el autor ya establece la identificación como un mecanismo que es estructurante de la subjetividad y que es anterior a la posibilidad de investir un objeto de amor propiamente dicho. A su vez, para tal objetivo, es necesaria la conformación del narcisismo como estructurante del yo, operatoria que Freud sitúa a partir de la acción de los otros significativos. Identificación estructurante del ser y posibilidad de investimento del incipiente yo, en tanto amor a sí mismo, se enlazan en una operatoria que parte del narcisismo secundario de los padres y se enraiza en el psiquismo del infantil sujeto como una neocreación que organiza el narcisismo primario.

Según Bleichmar (1995), es del lado del otro, del semejante, donde debe buscarse la articulación que sostiene en la identificación la propuesta totalizante que organiza un proyecto para que el yo se articule en el interior de una tópica marcada por la represión. Es el otro a partir de sus propias constelaciones inconscientes que implanta la pulsión, las representaciones de base que constituyen una materialidad psíquica destinada a la represión. La identificación, incluida la identificación primaria, se emplaza del lado de las instancias segundas. Para Bleichmar, no es el momento de pasaje del autoerotismo al narcisismo el que se instala sin prerequisites la identificación, sino que es a partir de la instalación de vías colaterales a partir del narcisismo trasvasante de la madre lo que permite las ligazones amorosas que constituye el entretejido de base sobre el cual puede asentarse la identificación.

La identificación primaria, en tanto mecanismo psíquico que permite dotar a la cría de su estatuto ontológico en tanto ser humano, se halla en la base misma del proceso de humanización, y además resulta concomitante de otros procesos que

forjan la entrada en escena del sujeto psíquico. La identificación primaria es un tipo de identificación ontológica que proviene de la oferta del otro, concomitante a la instalación de la represión originaria y el narcisismo primario. Es decir, la represión originaria, la identificación primaria y el narcisismo primario son correlativos, en tanto la única razón por la cual el sujeto renuncia a las satisfacciones pulsionales es por amor del yo. El amor del yo sólo es posible a partir de la identificación primaria al objeto de amor que marca a la cría en su estatuto ontológico. Dice S. Bleichmar: “podríamos pensar que sin esta identificación primaria no hay represión originaria en sentido estricto, sino adiestramiento” (Bleichmar, 2014, p. 342). Pero lo que es aún más interesante para nuestro análisis, es que el temor perder el amor del otro es anterior al temor de perder la autoestima del yo. Esto implica considerar que anterior a los contrainvestimientos producidos con la instalación de la represión originaria, existe una renuncia a la satisfacción pulsional que no se relaciona con la autoestima del yo, sino con el temor de perder el amor del objeto.

La identificación secundaria es la operatoria que abre lugar a la instalación de las instancias superiores, la conciencia moral y el ideal del yo, mediante la incorporación de la función paterna, en tanto función de prohibición del incesto, constitutiva del superyó. El ideal del yo está asociado con el narcisismo secundario. El sujeto renuncia por temor a la pérdida de integridad de su imagen, pero cuando se pone en marcha el ideal del yo ya se ha efectuado un corte de la imagen, por ello instauramos la castración en términos ontológicos. En la medida en que el sujeto deja de ser todo, entra en tensión con el ideal; en tanto que no puede poseer al objeto, se identifica con el otro y, en parte, con el objeto mismo. Aquí nos encontramos en el terreno de la identificación secundaria, cuyo prerrequisito será la existencia de aspectos hostiles y amorosos. Lo que se intenta destacar es la ambivalencia como condición de la identificación, en la cual se rompe la lectura lineal en la que el padre sólo es el rival que efectúa el corte e instala la metáfora paterna, ya que si el padre no es amado, no hay posibilidad de que ejerza la ley.

Los enunciados identificatorios y su destino tópico: el Yo Ideal o el Ideal del yo.

Con las identificaciones secundarias entramos en el campo de las identificaciones ideales y de los enunciados de la conciencia moral. Con respecto al superyó, se delimita un problema crucial en la clínica psicoanalítica infanto-juvenil, la

cuestión de la identificación al yo o al superyó. No se trata del tipo de enunciado, sino de la forma en que se inscribe, en tanto un mismo enunciado puede inscribirse tanto en el yo como el superyó. Un mismo enunciado puede ser productor de excitación o de pautación, según cuáles son las condiciones de enunciación.

Para Freud (1917), las identificaciones estructurantes del yo se hacen por procesos análogos a la identificación melancólica: transformación del investimento en identificación. Sin embargo, esto es válido para las identificaciones secundarias, pero no para las primarias dado que la identificación primaria se produce precisamente por una suerte de imprinting representacional, una forma de identificación que no es separada de la elección, el objeto forma parte del yo.

La identificación primaria constituye al yo y articula algo que no estaba previamente, mientras que la identificación secundaria viene a modificar algo de lo ya existente sobre la base de incluir elementos de los objetos con los cuales tiene relación. Lo que caracteriza a la tiranía del yo es que es una tiranía que no está constituida como imperativo categórico. El adulto lo plantea como un imperativo categórico, pero el niño lo recibe como una propuesta intersubjetiva: tiene que ver con lo que a la mamá o al papá "le gusta o lo que no le gusta". Lo tiránico, dice Bleichmar (2016), está marcado por el exceso de arbitrariedad. A fin de cuentas, la tiranía parental es una tiranía que solo está amortiguada por el amor y por la dependencia del otro. En la identificación, primaria y secundaria, es condición necesaria el amor al objeto: en la identificación primaria el sujeto básicamente es amado para ser identificado, el yo mismo es el objeto amado; en la secundaria, la identificación es propiciada a partir de que el objeto es reconocido en su carácter libidinal. La identificación primaria alude a una organización en la cual lo que se define es la existencia, mientras que en la identificación secundaria lo que se define es el cómo de esa existencia.

El Yo Ideal opera como antecendencia al ideal del yo, constituye la base del equilibrio narcisístico y es el núcleo desde el cual se plantea la autopreservación. El Ideal del yo se constituye una vez que el sujeto se reconoce como castrado y se asocia al narcisismo secundario, se pone en marcha cuando se ha producido un corte en la integridad de la imagen. En la medida en que el sujeto no es todo, entra en tensión con el ideal, es decir, se identifica porque no lo puede poseer. "La identificación del niño con un rasgo que aparece como yoico es un rasgo de transmisión del ideal del yo (de los padres) que en muchos casos se constituye como rasgo del yo ideal (del niño)"

(Bleichmar, 2016,p. 206. Los paréntesis son míos). El niño se identifica con la significación que los padres le atribuyen a un rasgo. Por ejemplo, la identificación del niño a la inteligencia, no es a la inteligencia de los padres sino la significación que los padres atribuyen a la inteligencia del niño.

Danila, una adolescente trans de 13 años, dice “De chiquita a mi papás no le importaba cómo me sentía, si me sentía mal. Yo sentía que me ignoraban. Yo decía ¿Por qué nadie me quiere?, cuando tenía 4 o 5 años”; “Me encantaría tener esa voz, pero tengo esta voz horrible... y de vez en cuando me sale el gallo. Estoy cambiando la voz y no me gusta nada. Me doy cuenta que cada día que pasa se pone más y más gruesa”, y agrega “Pienso que nunca voy a ser una chica de verdad. Ser una chica de verdad también requiere de lo exterior. Para mí ser una chica de verdad es ajustarse a lo que estereotípicamente es ser una chica. Verse como una chica, tener voz aguda, tener dos limones y no tener un pirulín ahí abajo”. No podemos desgajar la problemática identificatoria, y lo concerniente a su identidad de género, de las formas en que el psiquismo ha encontrado formas de estabilización que es importante preservar y de los sufrimientos a los que se ve sometido por las vicisitudes de su estructuración y la heterogeneidad en los niveles de simbolización. Si bien es cierto que es un trabajo psíquico propio de la adolescencia la recomposición identificatoria en torno al género, esto es así si lo pensamos bajo la lógica de la identificación secundaria, que somete al sujeto a la tensión mencionada entre el yo y el ideal. Lo que podemos desprender de los dichos de Danila, es que los enunciados identificatorios pueden remitir también al narcisismo primario, y se ubican en el eje de ser y no del tener, lo estereotípico del ser mujer se enraiza en el narcisismo primario. Tal como lo señala Bleichmar (2008, p. 101), la atribución de género es anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica, coexistiendo con la sexualidad pulsional sin obstaculizarla. No se produce en un primer momento una contradicción entre los investimentos pulsionales y las atribuciones de género, pero sí es concomitante a la instalación del narcisismo la producción de las primeras formulaciones que el yo toma a su cargo y constituyen su núcleo mismo. Laplanche (1988), distingue el atributo como cualidad del atributo como insignia, es decir, que opera al modo de un emblema identificatorio. Los emblemas identificatorios no pueden ser disueltos sin trastocar el tejido que articula al yo mismo, y es por ello que no puede pensarse una clínica sostenida en el trabajo exclusivo de las identificaciones como alienantes (Bleichmar, 1995), y en que

en sus máximas consecuencias llevaría a desconocer la función de tales identificaciones, que en tanto conforman el núcleo mismo del yo ocupan un lugar privilegiado en las formas de contraivestimiento de deseos prohibidos, cuya emergencia sería angustiosa y desestructurante. Una intervención quirúrgica, un bloqueante hormonal, o cualquier intervención dirigida a la aceptación de la incompletitud no puede producir una restitución narcisista; es necesario recomponer, en esta adolescente con una dominancia neurótica, formas primarias ligadas al ser para así dar lugar a los trabajos propios de la adolescencia.

Puntualizaciones a modo de conclusión

Los movimientos inaugurales de la vida psíquica son el terreno sobre el que se van edificando las representaciones que un sujeto se forja sobre su propio género y el de los otros, pero a medida que se producen complejizaciones en la estructuración psíquica se propician complejos reensamblajes en la problemática identificatoria. En los primeros tiempos de la vida, no hay nada sino inscripciones y formas de pasaje de cantidad, organizaciones básicas bajo el par ligado y no ligado. Cuando el yo se instala, el otro pasa a ser el idéntico, el semejante en sentido estricto. El yo presenta la parodia de ser lo más íntimo y al mismo tiempo una alteridad, en la medida es que es efecto de una identificación ontologizante. Con el instalamiento del superyó, el ideal del yo y la conciencia moral, el aparato se ve sometido a una reestructuración que no es sin consecuencia en la economía libidinal y en la problemática identificatoria.

Distinciones metapsicológicas que nos permiten ubicar la identidad de género en las invariantes universales que permiten una comprensión de la arquitectura del aparato psíquico y sus modos de funcionamiento, sin desconocer las formas en las que cada sociedad pauta los modos, siempre en cambio, por los que un sujeto puede ser reconocido en su interior. Es central considerar la responsabilidad ética de los analistas de ser capaces de producir una evaluación que contemple la fragilidad y los riesgos de fractura psíquica que someten a los sujetos a un intenso sufrimiento psíquico.

Bibliografía:

Bleichmar, S. (1995). Las condiciones de la identificación. Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, (21), 201-219.

Bleichmar, S. (1993). La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto. Amorrortu.

Bleichmar, S. (2007). La identidad como construcción. In Homoparentalidades. Nuevas familias. Lugar.

Bleichmar, S. (2008). Paradojas de la sexualidad masculina. Amorrortu.

Bleichmar, S. (2014). Las teorías sexuales en psicoanálisis. Amorrortu.

Bleichmar, S. (2016). Vergüenza, culpa, pudor. Amorrortu.

Blestcher, F. (2017). La sexualidad infantil más acá del género y la sexuación: extravíos y encaminamientos de la teoría sexual. En Sobre o infantilismo da sexualidades. Sulina.

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. In Obras Completas. Volumen XII. Amorrortu.

Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. In Obras Completas. Volumen XIV. Amorrortu.

Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. In Obras Completas. Volumen XIV. Amorrortu.

Laplanche, J. (1988). Problemáticas II. Castraciones, simbolizaciones. Amorrortu.